

mo más que de la filosofía. De aquí sus vacilaciones y sus contradicciones. En su *Emilio*, escribe «que hay misterios que no solamente son imposibles de concebir para el hombre, sino de ser creídos» (1). En su *Carta al Arzobispo de París*, dice «que no son menores las dificultades para rechazar la revelación que para admitirla.» Se lamenta de que se atrevan á acusarle de desechar toda revelación, «como si fuese desechar una doctrina el reconocerla sujeta á dificultades insolubles para el espíritu humano; como si fuese desecharla el no admitirla por el simple testimonio de los hombres, cuando se tienen otras pruebas equivalentes ó superiores que dispensan de ésta.» Estos arranques á medias no satisfacen al libre pensamiento, es menester decidirse: si se quiere ser cristiano, se debe aceptar la revelación por completo, sin añadir que hay misterios en los que no se puede creer; si se quiere ser filósofo es menester rechazar toda revelación sin titubear, no admitir misterio alguno, porque la razón no puede creer en ninguno. Era, pues, conveniente que hubiese incrédulos que pusiesen fin á estas contemplaciones hácia una religión que es incompatible con el libre pensamiento.

Rousseau escribía más bajo la inspiración del sentimiento que bajo la de la razón. Lo que dice del Evangelio es pura poesía: «Véanse los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡qué pequeños son comparados con éste! ¿Puede acaso un libro á la vez tan sublime y tan sencillo ser obra de los hombres?» Á esto la razón apoyada en la historia responde: «No solamente puede ser, sino que es. Y si dudais de ello, si creéis que realmente los Evangelios están escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, ¿por qué filosofais? ¿Por qué escribís vuestra *Profesión de fe del Vicario saboyano*? Dejad vuestra elocuente pluma y prosternaos ante el Hombre Dios.» Siendo los Evangelios un libro tan divino, claro está que su moral es divina. Rousseau repite la vulgaridad que se halla en los escritos de todos aquellos que hacen la corte al cristianismo: «Solamente el Evangelio es, en cuanto á la moral, siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre semejante

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV.

á sí mismo» (1). Esto también es poesía. ¿Acaso las máximas evangélicas sobre la perfección son la expresión de la verdad absoluta? ¿Por qué, pues, no se consideran más que como simples consejos en la Iglesia católica? ¿Y por qué los protestantes tratan de interpretarlas de modo que se concilien con las exigencias de la vida real? Las exageraciones de Rousseau no servían más que para una cosa, para dar armas á los defensores de las supersticiones cristianas contra los libres pensadores. Así, pues, los incrédulos han hecho bien en rechazar el respeto tradicional y aún de fórmula que se afecta hácia la majestad del Evangelio: es una cadena que aprisiona al espíritu humano; debemos agradecer á los incrédulos el que la hayan roto.

Otro tanto diremos del entusiasmo que la gran figura de Jesucristo inspira á Rousseau y á todos aquellos que, como él, escriben como poetas. Nada más legítimo, mientras no se pretenda hacer de Cristo un Dios; pero Rousseau llega hasta esto. No quiere que se compare al Hijo de María con Sócrates; es una preocupación, exclama, es una ceguera, es mala fe! «Sí: si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son las de un Dios.» Respondamos al entusiasmo con el buen sentido. Voltaire se encarga de dar esta lección á su émulo; preguntó á Rousseau: «¿Habeis visto morir á los dioses? ¿Los dioses se mueren?» (2) Si los filósofos se perdían en el galimatías cristiano, bueno es, repetimos, que los incrédulos hayan puesto fin á este fetiquismo. Es la cadena más fuerte de que se sirve la Iglesia para sujetar al libre pensamiento: ¡Gloria á los incrédulos por haber roto sus cadenas!

IV.

La filosofía, en manos de pensadores simpáticos al cristianismo, amenazaba ser fatal al libre pensamiento. En vano Rousseau demolió la revelación milagrosa con una mano; la reconstruía con

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV.—*Cartas de la Montaña*, III.

(2) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV.—VOLTAIRE, *Dios y los hombres*, c. XXXV.

otra. Voltaire no admitía estas composturas; su buen sentido le preservaba de ellas. Pero tenía otra preocupación no ménos fatal á los progresos del libre pensamiento; quería una completa libertad para los filósofos y para aquellos á quienes su cultura intelectual permitía leer los escritos de los filósofos, pero creía á la gran masa de los hombres incapaces para siempre de libre pensamiento, y condenados, por tanto, á vivir sumidos en la superstición hasta el fin de los siglos. Voltaire habla de las clases no ilustradas con un soberano desprecio. «La *canalla* es y será siempre la misma; pero todos los *hombres honrados* empiezan á pensar de un extremo á otro de la Europa.» «La filosofía no será jamás para el *pueblo*; la *canalla* de hoy se parece en un todo á la *canalla* que vegetaba hace cuatro mil años» (1). Hé aquí un pensamiento bien humillante, y á propósito para desesperar á los que creen en la verdad. ¡Cómo! La filosofía no se dirige más que á un corto número de *hombres honrados*, y la masa de hombres permanece siempre en el estado de *canalla*! Indudablemente, si por filosofía se entiende las elevadas especulaciones de la ciencia, preciso es decir que será siempre inabordable para la inmensa mayoría del género humano; pero cuando Voltaire hablaba de *hombres honrados* que *empezaban á pensar*, no se acordaba siquiera de los metafísicos, él mismo no lo era; hablaba de las clases ilustradas, de todos aquellos que tienen tiempo para pensar. El que el pueblo no tenga tiempo de entregarse al estudio, ¿quiere decir que deba ser mantenido en la superstición? Los pobres, aunque sean pobres, no se alimentan de veneno: si su pan es más negro, no por eso deja de ser pan. ¿Por qué no ha de poder ser comunicada la verdad con la misma facilidad que el error? Nuestra suposición es una realidad. En las sectas avanzadas del protestantismo se han rechazado todas las supersticiones cristianas; se habla á los hombres el lenguaje de la verdad completamente desnudo, y los hombres comprenden este lenguaje. Entre los protestantes no hay *canalla*, en el sentido de Voltaire; si la hay entre los católicos, ¿no será la culpa del catolicismo? Y si es así,

(1) VOLTAIRE, *Carta de 9 de Marzo de 1770* (Obras, t. LV, p. 291); *Carta de 1775* (t. LVII, p. 64).

¿no será un deber para los filósofos el difundir la luz por todas las clases de la sociedad?

¡Cosa notable! Los incrédulos de más mala reputación, los ateos y los materialistas, tenían una idea más elevada de la especie humana que Voltaire, y comprendían mejor que él los deberes de la filosofía. Oigamos á d'Holbach, el jefe de los ateos: «Me decís que el sabio debe pensar para sí solo; que se necesita una religión, buena ó mala, para el pueblo; que es un freno necesario para los espíritus sencillos y groseros, que sin él no tendrían motivos para abstenerse del crimen y del vicio. Mirais la reforma de las preocupaciones religiosas como imposible.» Hé aquí el eterno estribillo de los que piensan que la superstición es buena para el pueblo, preocupación vulgar de la que hubiera debido librarse Voltaire. D'Holbach responde desde luego que la verdad no puede perjudicar nunca: «No perjudica más que á aquellos que engañan á los hombres; al género humano le será útil siempre. ¿No provienen nuestros males de nuestros errores, de nuestras preocupaciones, de las ideas falsas que referimos á los objetos? En efecto, las preocupaciones religiosas han corrompido la política y la moral. ¿No son las ideas religiosas y sobrenaturales las que hicieron mirar á los soberanos como dioses? Luego la religión fué quien hizo aparecer á los déspotas y á los tiranos» (1). ¿Puede decirse después de esto que haya errores útiles al género humano, y que el mundo quiera ser engañado? «Es verdad, responde d'Holbach, que el error puede ser útil á los que están interesados en engañar al género humano, pero por esto mismo es funesto para toda la especie humana. El mundo quiere ser engañado, porque se le ha acostumbrado á serlo de tal manera, porque se ha puesto tanto cuidado en ahogar su razón, que se imagina que sus errores son necesarios para su felicidad. Asegurar que hay errores útiles, es sostener que hay asuntos en los cuales es conveniente que los hombres sean ciegos y miserables y que sería peligroso manifestarles el origen y los remedios de las enfermedades que los atormentan» (2).

Llega d'Holbach á la famosa distinción de *hombres honrados* y

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, Prólogo, p. 3 y 5.

(2) *El Sistema social*, 1.^a parte, c. II.

canalla; la encuentra injuriosa, él, que es materialista, y tiene muchísima razón contra Voltaire. «Si el hombre es un ser racional, no le hagamos la injuria de creer que carece de razón; digamos que su razón no está todavía desarrollada. Solamente á fuerza de caídas aprende á andar el niño. No digamos que el hombre es incorregible, no haríamos más que desanimarle; digamos que no ha sido hecho para ser siempre un niño desgraciado; digamos que la verdad es bastante fuerte para derribar poco á poco todos los vanos edificios de la mentira, y que su acción, no por ser lenta, es ménos cierta. A pesar de la lentitud con que la razón da sus pasos, el negar sus progresos sería negar la evidencia. Nosotros somos visiblemente ménos ignorantes, ménos bárbaros, ménos feroces que nuestros padres, y nuestros padres lo eran ménos que sus predecesores. Indudablemente en los tiempos en que los hombres eran más estúpidos, las luces de la razón han debido hallar ménos disposiciones para hacerse recibir; sin embargo, estas luces han sido más fuertes que la barbarie de los pueblos, aún cuando ésta les oponía la mayor resistencia. ¿Con qué fundamento dudariamos, pues, de las fuerzas de la razón y de una gran cantidad de luces en los tiempos en que han de encontrar menor resistencia, y los espíritus mejor predispuestos? La razón no hace progresos más sensibles, porque los hombres pusilánimes desconfían del poder de la verdad. Las preocupaciones universales se imponen por su fuerza, su extensión y su duración, aún á los espíritus más luminosos, y muchas veces les hacen desesperar del género humano. Pocos hombres se atreven á atacar de frente los errores universales. Pero para servir útilmente á los hombres, es preciso tener el valor de desagradarles; es preciso apelar de sus preocupaciones, á su razón más ilustrada. ¿Se haría jamás el bien si se temiese siempre hacer ingratos? ¿Qué sería de las luces, si no se hubieran hallado entusiastas bastante decididos para clamar muy alto contra las preocupaciones de su tiempo?» (1).

Hé aquí unas frases nobles que aplaudimos sin reserva. ¿Cómo es que los materialistas han tenido más fe en el poder de la razón que los deístas? ¿No probará esto que en su doctrina hay algo más

(1) *El Sistema social*, 3.^a parte, c. XII.

que materialismo? No defendemos al ateísmo, únicamente decimos que la filosofía que se sacrifica tan ardentemente por la verdad, debe tener otro móvil que una negación. La nada no ha inspirado jamás el entusiasmo, ni la abnegación, ni el sacrificio. Se ha dicho que el ateísmo del siglo XVIII era una religión; la frase es cierta, por más que parezca implicar contradicción. Y es que el ateísmo no era en realidad más que la negación del Dios de los cristianos. Abramos el libro que resume en sí todas las impiedades de la filosofía incrédula. El *Sistema de la Naturaleza* predica en cada página el ateísmo; pero ¿cuál es el Dios contra el que se encarniza? Los que combaten el politeísmo y la falsa noción que da de la divinidad, no pasan por ateos. Pues bien, á los ojos de los incrédulos del último siglo, el Dios de los cristianos era igual á los dioses de los paganos.

Escuchen los ortodoxos ántes de clamar contra la impiedad: «El Dios de los cristianos, dice d'Holbach, nos castiga en este mundo, y nos castigará en el otro, por desconocer su esencia inconcebible y sus oscuros designios.» ¿Esto es verdad, sí ó no? No hagamos comentarios; dejemos las argucias para los jesuitas. ¿No es la fe ortodoxa para todo católico una condición de salvación? Así se dice literalmente en el catecismo. Ahora bien: ¿no es la Trinidad el primer artículo de la fe, y la Trinidad no es una cosa inconcebible? Sin embargo, ¿el católico que se obstinase en no creer en ella será hereje, y por consiguiente condenado! «El Dios de los cristianos, continúa d'Holbach, nos castiga por las transgresiones de nuestros padres; según estos decretos fatales, somos sus amigos ó sus enemigos, á nuestro pesar; sus caprichos despóticos deciden de nuestra suerte eterna» (1). ¿Esto es verdad, sí ó no? ¿No es esto lo que los teólogos llaman predestinación, gracia, pecado original? ¿No dice San Agustín que el número de los elegidos se halla predestinado desde toda una eternidad? ¿No dice que los elegidos no pueden perecer, que Dios les hace violencia al paso que endurece el corazón de los réprobos? Este Dios-verdugo, este Dios-tirano, este Dios-mónstruo es el que d'Holbach se niega á adorar. Lo dice en la oración que pone en labios del ateo: «¡Oh

(1) *Sistema de la Naturaleza*, 2.^a parte, c. II.

Dios, motor inconcebible y oculto que no he podido descubrir! Perdona si mi corazón sensible no ha conseguido distinguir tu semblante augusto en el de ese tirano feroz que la superstición adora temblando. ¿Podía reconocer la voz de un sér lleno de sabiduría en esos oráculos ambiguos, contradictorios, que los impostores publican en tu nombre? *Si yo he hablado mal de tí, es porque mi corazón, demasiado humano, se ha sublevado contra el retrato odioso que se hacía de tí»* (1). Decimos sin titubear, que si todos aquellos que no creen en el Dios de San Agustín son ateos, el mundo está lleno de ateos; ¿qué digo? La Iglesia misma abunda en ellos.

El Dios de la teología cristiana no es ya el nuestro; no solamente repugna á nuestra conciencia, á la idea que tenemos de un sér soberanamente perfecto, sino que además vicia la moral. Es menester saber agradecer á los pretendidos ateos del último siglo el haber puesto de relieve la oposición que existe entre la moral y el cristianismo tradicional. El autor del *Sistema de la naturaleza* hace notar con razón que lo que constituye la fuerza de la religión es que dice ser el apoyo más firme de la moral; llega hasta á pretender que sin ella no habría buenas costumbres. «Por medio de este artificio, dice, seduce á los sabios; creen de buena fe la superstición útil á la política, y necesaria para contener las pasiones; esta superstición hipócrita supo siempre, para disfrazar sus rasgos repugnantes, cubrirse con el velo de la utilidad y con la égida de la virtud; en consecuencia, se creyó que era preciso respetarla y perdonar la impostura, porque se ha atrincherado detrás de los altares de la verdad. De esos atrincheramientos debemos sacarla para convencerla, á los ojos del género humano, de sus crímenes y de sus locuras, para arrancarle la máscara seductora que la cubre, para mostrar al universo sus manos sacrílegas, armadas de puñales homicidas, manchadas con la sangre de las naciones, á quienes embriaga con sus furores, ó que sacrifica sin piedad á sus pasiones inhumanas» (2).

Los incrédulos del último siglo tienen razón mientras atacan los falsos conceptos de la teología cristiana. Se equivocan cuando

(1) *Sistema de la naturaleza*, 2.^a parte, c. x.

(2) *El Sistema social*, 2.^a parte, c. xiv.

destruyen, no solamente el cristianismo tradicional, sino toda religión. Pero no tanto debe imputarse á ellos este error fatal, como al catolicismo; y aun hay que hacer muchas reservas contra la acusación de materialismo que se les prodiga. Es verdad que querían destruir toda religión, si por religión se entiende una revelación milagrosa de la fe; pero, si la religión se identifica con la moral, no es cierto que hayan querido destruirla; léjos de esto, la guerra á muerte que hicieron al cristianismo tradicional no tenía más fin que purificar la moral, separándola de las impurezas de las supersticiones católicas (1). Para ellos la moral era una religión, y tenían razón. ¿No se dice hoy, en el campo de la reforma, que el cristianismo es esencialmente una religión moral? Los materialistas estaban, pues, en el camino del porvenir; no cometían más que un error, pero grande, el de desterrar á Dios de su doctrina; si lo han desterrado, ha sido porque no conocían más que un Dios falso, porque no habían llegado á depurar la noción del Sér Supremo de los errores que la alteran. De ahí resultó que su moral se hallaba viciada en su esencia. Para apreciarla con equidad no se debe ver en ella una creencia determinada, sino una reacción contra la teología cristiana. En este movimiento, muchas veces irreflexivo, hay principios verdaderos al lado de funestos errores.

La causa del materialismo ha vuelto á hallar favor, y, ¡cosa extraña! lo ha hallado en la patria del pensamiento, en Alemania. Para condenarla basta ver las consecuencias á que conduce su moral: la virtud llega á ser cuestión de utilidad, un instrumento de felicidad. En la doctrina cristiana también la moral es interesada, y por consiguiente falsa; pero al menos el objeto supremo que presenta ante los fieles es una felicidad espiritual; aleja por este medio á los hombres de las tentaciones más fuertes y más viles, que los asedian y los pierden. Los ateos no conocen más cielo que el placer. Indudablemente, el placer, para aquellos hombres de corazón puro y de elevada inteligencia, consistirá en buscar la verdad y hacer el bien; ¿pero la moral del placer será interpretada y aplicada de este modo en la edad de las pasiones? No, no es éste el ideal

(1) *Moral universal*, Prólogo.